

Algunas reflexiones sobre “los buenos modales” en la adoración

Dub McClish

Introducción

La adoración aceptable debe estar centrada en Dios, no en el hombre. Por no entender o recordar este hecho, muchos están introduciendo prácticas extrañas en las reuniones de adoración porque estas cosas les agradan, les emocionan y les hacen sentir bien. Sin embargo, algunos que nunca considerarían introducir prácticas extrañas de adoración se comportan en las reuniones de adoración de una manera que indica su falta de atención hacia Dios. Es a este último grupo al que tengo en mente en los comentarios que siguen.

Es incuestionable que cuando nos reunimos para adorar, debemos hacer todo lo posible para expresar con reverencia a Dios y a Su Hijo la alabanza, el honor, la devoción y la exaltación que merecen. Si entramos en la adoración con corazones sinceros y genuinos, ese comportamiento será nuestro objetivo. El Señor enseña que los verdaderos adoradores “adoran en espíritu y en verdad” (Juan 4:23-24). La parte “espíritu” de Su declaración es una referencia a nuestra devoción de todo corazón, como se describió anteriormente. Por lo tanto, debemos esforzarnos por comportarnos de manera que no interrumbamos la meditación y concentración (nuestra o de los demás) de quienes participan en la adoración, el propósito para el cual nos hemos reunido.

Incluso en congregaciones pequeñas, es probable que haya algunas distracciones inevitables (bebés que lloran, enfermedades repentinas, etc.). Cuanto más grande sea la asamblea, mayor será la probabilidad de que ocurran tales situaciones. Sin embargo, mi preocupación no son las conductas inevitables, sino las que se pueden evitar. Muchas de ellas se reconocerán y eliminarán si empleamos el sentido común y los buenos modales o buena educación. Estoy convencido de que muchos hermanos participan en algunas de las actividades que se analizan a continuación, sin intención de distraer o incluso sin darse cuenta de que lo están haciendo. Sin embargo, la distracción, aunque no intencional, no es menos real.

Algunos pueden preguntarse sobre mis certificaciones o diplomas como experto en “los buenos modales en la iglesia”. Solo tengo uno: prediqué casi todos los domingos del Señor durante más de cinco décadas. Los que no han estado ante multitudes de manera constante se sorprenderían de lo que los predicadores observan mientras están de pie en el púlpito. Las listas de tales cosas hechas por otros pueden ser un poco diferentes a la mía, pero a continuación se encuentra mi lista de comportamiento indecoroso que he visto durante el culto.

Hablar, hablar, hablar

Aunque reconozco que puede haber una justificación ocasional para que uno haga un breve comentario al adorador que está a su lado, pero no para hacerlo varias veces durante un período de adoración, o para mantener una conversación prolongada durante el sermón, el canto o cualquier otra parte de la asamblea. A veces los jóvenes son conocidos por hacerlo. Sin embargo, he observado a muchos adultos que también tienen este hábito distractor. Aquellos que parecen obligados a hablar durante el culto se distraen a sí mismos, a la persona o personas con las que hablan y a varias personas que están sentadas a su alrededor.

Si deben hablar, deben moverse a la última fila donde al menos no habrá nadie detrás de ellos que se distraiga. No, no estoy sugiriendo seriamente que más personas se sienten en la última fila (¡demasiados lo hacen ya!), como el lector verá pronto. El verdadero remedio es dejar de hablar durante la adoración. Una forma más efectiva (y menos distractora) de intercambiar preguntas o comentarios necesarios relacionados con el sermón, los anuncios, los himnos, etc., es escribirlo y pasárselo al que está a lado suyo.

Caminar, caminar, caminar

Cada vez que una persona se levanta durante la adoración, se produce una distracción para los que están sentados cerca (especialmente si es necesario pasar entre la gente para llegar al pasillo). Es cierto que a veces surgen circunstancias que obligan a levantarse durante la adoración o al llegar tarde. Una madre con uno o más pequeños rara vez pasa una hora de adoración sin tener que sacar a su bebé. Sin embargo, estoy convencido de que la mayor parte del tráfico durante la adoración es evitable e innecesario. Los niños (al igual que los adultos) necesitan que se les “asee” entre el tiempo de la clase bíblica y la adoración. Es raro que un adulto o un niño tenga que dejar la adoración y, ciertamente, no hay excusa para que lo hagan dos, tres o incluso cuatro veces en una reunión de sesenta a setenta y cinco minutos.

Pueden surgir circunstancias que hagan que cualquiera de nosotros llegue tarde de vez en cuando, pero algunos lo hacen con frecuencia o incluso habitualmente. Otros también tienen por costumbre irse temprano, durante el himno de invitación. En algunas congregaciones, si alguien quisiera responder a la invitación, tendría dificultades para esquivar el tráfico que sale en su camino hacia el frente. Si uno llega tarde y el sermón no está en curso, esperar un tiempo sería conveniente entre himnos o hasta después de que haya terminado una oración para encontrar su asiento, esto causará una distracción mínima, en lugar de simplemente “entrar a la fuerza”.

“De manera digna”

El comportamiento de algunos durante la Cena del Señor es poco menos que asombroso, considerando la solemnidad de la ocasión y las claras palabras de advertencia sobre no trivializarla (1 Corintios 11:26-29). Me cuesta creer que algunos recuerden mucho el sufrimiento de nuestro Señor cuando los veo comenzar a hablar, incluso jovialmente, con el que está sentado a su lado inmediatamente después de que les sirvieron el pan o el fruto de la vid. En una ocasión, vi a la madre de un niño de tres años agachada para recoger los juguetes de su hijo del suelo mientras pasaban el pan. El que estaba a su lado tuvo que avisarle de la llegada del plato del pan, momento en el que se enderezó, se llevó una porción del pan a la boca y luego rápidamente reanudó su tarea de recoger los juguetes. Seguramente, tales actividades no califican como participar de manera “digna”.

Sugiero una de las siguientes prácticas para ayudarnos a mantener nuestra mente donde debe estar mientras observamos esta cena sagrada:

1. Abra su Biblia en uno de los relatos de los juicios y la crucifixión del Señor y léalo (Mateo 26-27; Marcos 14-15; Lucas 22-23; Juan 18-19). O lea algún otro pasaje apropiado (por ejemplo, Isaías 53; 1 Corintios 11:23-29; Hebreos 7:26-28; 9:11-28; et al.).
2. Busque algunos de los grandes himnos y cánticos espirituales que conmemoran la muerte del Señor, y lea y medite sobre sus palabras (por ejemplo, “En el Monte Calvario”, “Mi vida di por ti”, “Solo de Jesús la sangre”, “Él me amó tanto”, “La cena del Señor”, etc.).

El club de los que se sientan atrás

Si alguien alguna vez inventa un auditorio para la iglesia sin bancas traseras, atraerá el agudo interés de varios cientos de predicadores y ancianos. (El sonado diseño, en el que las bancas montadas sobre rieles, podrían moverse de atrás hacia adelante con solo presionar un botón cuando la banca trasera estuviera ocupada, nunca se materializó). Por lo general, las bancas y los himnarios que menos se desgastan son los que están cerca del frente.

Las bancas traseras parecen tener una atracción casi magnética para algunas personas. Algunos, cuando entran, parecen no poder pasar de la segunda o tercera banca de atrás. Irónicamente, la mayoría de estos mismos hermanos quieren estar al frente y en el centro cuando asisten al teatro, a un concierto o a un evento deportivo. (¿Están diciendo con eso que quieren estar lo más lejos posible de “la acción” cuando vienen a adorar a Dios?)

Aquellos con problemas de salud, los que llegan tarde y las madres con bebés pequeños realmente necesitan sentarse cerca del fondo. Sin embargo, en algunos casos casi tendrían que luchar contra los del “club de los que se sientan atrás” para poder hacerlo. Todo el aliento, la adulación y casi la súplica de los ancianos y predicadores a los del “club de los que

se sientan atrás” parecen ser esfuerzos inútiles. Como el árbol plantado junto al agua, no se puede mover. No parecen darse cuenta de que su presencia más cerca del frente minimizaría las distracciones y así les permitiría escuchar mejor y concentrarse en el mensaje presentado, contribuir más al canto, alentar al predicador y/o a los ancianos, y trabajar para lograr una comunión más estrecha con los demás.

Voltear y ver fijamente

Aparentemente, algunas personas se escaparon de la clase de buenos modales, o tal vez se les enseñó, pero olvidaron. Es de mala educación “voltear y ver fijamente” – darse vuelta y mirar cada vez que uno escucha un ruido detrás de uno (por ejemplo, un bebé llorando). Algunos parecen tener cuellos giratorios como los de los búhos. Se dan vuelta y miran boquiabiertos, incluso cuando no hay una razón obvia para hacerlo, y pueden hacerlo varias veces en la misma reunión. Esta conducta es una señal segura de falta de atención a la adoración de Dios, incluso si no fuera de mala educación. Esta conducta es inapropiada en una reunión secular y más aún en una asamblea de adoradores.

Voltear a ver fijamente a los demás es especialmente de mal gusto cuando el curioso se da vuelta y mira fijamente a una madre joven que está tratando de calmar a su bebé. Ella se siente ya bastante mal sin que algunos mirones la miran fijamente y llaman más la atención sobre su situación (como si sus miradas fueran a calmar al bebé). Algunos deben esforzarse mucho más para resistir la tentación de darse vuelta y ver fijamente, o incluso el solo darse vuelta. La regla tanto para adultos como para niños durante la adoración debería ser “ver hacia adelante”.

Besuquearse

Para los que no están informados, besuquearse es un término coloquial que se utiliza para referirse a expresiones externas de afecto que suelen (y es mejor) reservarse para circunstancias privadas. No me refiero simplemente a poner un brazo en el respaldo de la banca detrás de la esposa o novia, sino a lo que raya en las “acaricias”. He observado esto tanto cuando he estado predicando como cuando he estado entre el público escuchando a otra persona. Uno podría pensar que tal comportamiento es característico principalmente de adolescentes inmaduros, embelesados por un grave caso de amor adolescente. Sin embargo, he observado abrazos íntimos, masajes, pasarse los dedos por el pelo e incluso besar a la esposa durante las actividades de adoración (himnos, sermones, incluso la cena del Señor, tal vez incluso las oraciones [no he mirado para ver]).

Sin intención de ser indecente, algunas de las caricias (y las partes del cuerpo tocadas) que he visto durante el servicio serían mucho más apropiadas si se hicieran en el dormitorio por parejas casadas que en la banca de la iglesia. Obviamente, los involucrados en tal comportamiento tienen la mente en algo más que adorar a Jehová. Tal conducta es totalmente indecorosa en una asamblea de adoración, de hecho, en cualquier entorno público. La Biblia manda a los esposos y esposas que se amen mutuamente, pero las expresiones íntimas de ese tipo durante la adoración difícilmente contribuyen a que se concentren en cosas espirituales. Estas payasadas tampoco mejoran la concentración espiritual de quienes las observan.

Asuntos de bebés

Pocas escenas son más hermosas que ver a las madres primerizas con sus bebés en las asambleas de la iglesia. Los siguientes comentarios no deben interpretarse de ninguna manera como un desánimo para las madres de llevar a sus bebés consigo al servicio de adoración lo antes posible. Sin embargo, los bebés pueden distraer y todos deberíamos estar interesados en mantener las distracciones al mínimo. Los bebés son totalmente inocentes en relación con las perturbaciones que crean, a diferencia de los adultos que se involucran en conductas innecesarias que los distraen.

Ya mencioné anteriormente la necesidad de que las madres con bebés saquen a sus pequeños, y no deberían sentirse avergonzadas cuando deban hacerlo. Asimismo, no se debe culpar a las madres por la distracción momentánea que los inocentes llantos de sus bebés puedan causar. Sin embargo, no veo excusa para que una madre espere entre tres y cinco minutos de llanto de un bebé antes de sacarlo. He escuchado llantos tan fuertes que, si bien no dominaron al predicador por el sistema de sonido, al menos distrajeron totalmente a toda la asamblea de lo que estaba diciendo. El llanto de un bebé parece especialmente amplificado durante el silencio de la Cena del Señor.

La mayoría de los edificios tienen instalaciones donde una madre puede llevar a un bebé y atender sus necesidades, sin dejar de saber lo que está sucediendo en el auditorio. Es una cuestión de buenos modales, consideración hacia los demás y de reverencia hacia Dios para evitar que un bebé interrumpa una reunión de adoración completa, especialmente cuando es tan fácil evitarlo.

Otros simplemente parecen no poder resistirse a jugar con los bebés o niños pequeños y hacerles muecas. No importa que esto pueda hacer que a la madre le resulte más difícil hacer que el niño se comporte bien o que distraiga a los que están sentados cerca. El que juega con

el bebé seguramente tampoco está adorando mucho.

Dejemos que la admonición de Pablo sobre el comportamiento en nuestras reuniones de adoración sea nuestra guía constante: “Pero hágase todo decentemente y con orden” (1 Corintios 14:40).

[Nota: Escribí este manuscrito y apareció originalmente en los números de junio/julio de 2002 de *The Gospel Journal*, una publicación mensual de 36 páginas de la que era editor en ese momento.]

Atribución: De *thescripturecache.com*; Dub McClish, propietario, curador, y administrador.

Traducido por: Jaime Hernandez.